

CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, anécdotas, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

REDACCION.—Plaza del Progreso, 4, 2.º



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

20 en el Extranjero por seis meses—40 en América.

# EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

A LOS LECTORES

DE

## EL CASCABEL.

En las minas de Hiedelaencina ha ocurrido una horrible catástrofe.

Hace algunos días quedaron muertos en la mina Perla cinco infelices trabajadores, y posteriormente han ocurrido nuevas desgracias, que han causado igual número de víctimas, entre las que se cuenta el ingeniero señor Santa Cruz.

Hacemos al gobierno la justicia de creer que acudirá a socorrer a las familias que a consecuencia de esta desgracia hayan quedado en el desamparo y la miseria; pero esta consideración no es bastante para que dejemos de obedecer a un sentimiento de caridad y renunciemos al placer de manifestar a esas pobres viudas y a esos desdichados huérfanos nuestro buen deseo.

La redacción de EL CASCABEL, teniendo en cuenta la gran circulación de su periódico y los hidalgos caritativos sentimientos de sus lectores, abre una suscripción en favor de las viudas de los infelices trabajadores, que tengan hijos de corta edad.

Las cantidades que para este objeto se reciban en la Administración de EL CASCABEL, calle de Jardines, número 11, se publicarán en los números siguientes de nuestro periódico, con expresión de los nombres de las personas que las entreguen. A fin del mes que hoy comience, entregaremos la suma recaudada a quien corresponda, con objeto de que se distribuya convenientemente, y seguirá abierta la suscripción hasta fin de diciembre, en cuya época haremos la segunda entrega.

Los señores suscritores tendrán la bondad de escribir su nombre en el libro que al efecto se abre en nuestra Administración, y los de provincias que quieran contribuir a tan buena obra, dirigirán en sellos o libranzas con sobre al Director de EL CASCABEL, las cantidades que gusten.

Las personas caritativas saben que lo mismo vale a los ojos de Dios la limosna chica que la grande: la caridad del pobre es tan meritoria como la del rico.

EL CASCABEL se suscribe por 200 rs.

### REVISTA SEMANAL.

La quiebra de la Sociedad de crédito en España, es una verdad todo lo triste que VV. quieran, un hecho consumado, que ha consumido no sé cuánto dinero, y consumirá la paciencia de las víctimas de la catástrofe. Esta ha dejado patitiosos a los que en aquella casa te-

nian lo que se llama cuenta corriente, y ha sido un aviso, —¿quién sabe si providencial?— para los que tienen su dinero fuera de casa.

Los besuges todavía no han venido, pero escamados andan por ahí muchos prójimos.

No tienen motivo para escamarse, porque, como en este siglo hay cada oportunidad que asombra, he aquí que apenas ha comenzado a hacer agua el buque del Crédito, ha salido a la mar La Aseguradora, —sociedad creada hace algún tiempo, según creo, —y que asegura a cualquiera contra las quiebras y suspensiones de pagos.

Quitense VV. el gorro y hasta la tapa de los sesos para saludar a La Aseguradora.

Van VV. a una sociedad, con el taleguillo de los ahorros debajo del brazo, lo sueltan en manos del regente, digo, del gerente de la Sociedad, les dá a VV. el talon, VV. le dan la mano, y con la mano en el talon, digo, con el talon en la mano, se dirigen VV. a La Aseguradora, que les asegura a VV. el dinero impuesto en otra parte, es decir, que su dinero de VV. está dos veces seguro, una por la casa donde se ha impuesto, y otra por La Aseguradora, que si truena aquella, dice: —«Aquí estoy yo para servir a VV.; ahí van los cuartos y en paz.»

Por supuesto que las Sociedades de crédito mirarán de reojo a esa cuñada que les ha salido...

Se me ocurre si aquí podrá venir de molde aquella famosa pregunta: —«Y a V. ¿quién le fia?...»

¿Cuándo vendrá un gobierno que suprima el dinero?... El dinero es la calamidad del mundo; cuando hay mucho se emplea mal, cuando no hay nada estamos que nos lleva el demonio.

Sin dinero, el mundo estaría como una balsa de aceite. En la semana última se ha hablado de dinero mas que nunca, señal infalible de que no hay un cuarto.

Los que tienen dinero han estropeado los caballos de sus coches, haciéndoles correr la ceca y la meca por esas calles. El Tanto por ciento se está representando todos los días, a toda hora, sin que el autor, nuestro amigo Ayala, cobre los derechos.

Los que lo representan son los que cobran, no sé si los derechos ó el barato.

M. Pereire, un extranjero, que tiene el riñon bien cubierto, ha venido a Madrid.

Es un hombre que, según dicen, tiene una fortuna fabulosa, y no vendrá a Madrid a humo de pajas, ni a ver la Exposición de pinturas, sino a ver cómo está el dinero.

Estos capitalistas van siempre a buscar el dinero donde no lo hay, y precisamente así es como lo encuentran.

Yo no tengo duda de que la magia existe hoy, como en tiempos del Marqués de Villena, que no por otros medios puede encontrarse dinero donde no lo hay.

El secreto lo poseen pocos, pero el secreto existe.

Han dicho los periódicos que Mr. Pereire paga en el Hotel de Paris 10,000 rs. diarios.

Si esta no es una exageración de los periódicos, tememos por la vida de Mr. Pereire.

Un hombre que paga ese dineral por el hospedaje, está espuesto a reventar de un atracon, porque como serán tan buenas las viandas que se le presenten y se le escitará el apetito por tan diversos medios, si no es hombre prudente y precavido, con solo probar de cada manjar, tendrá bastante para una indigestión que le lleve Pateta, que es el que se quiere llevar a los que tienen dinero.

Patrona de huéspedes conozco yo, que por un par de duros le hubiera cuidado como a un hijo y le hubiera llorado al despedirle, como si se le hubiera muerto segunda vez su marido y le hubiera dado con un canto en los pechos; digo, se hubiera dado ella....

¿Cuántos pobres podían comer con 8,000 rs., que es lo menos que le sobra de esa cantidad!... Porque me parece que con 2,000 rs. se puede vivir bien, y en buena habitación, y con coche, y hasta con aduladores.

Por supuesto, que ese señor tiene mas reales que V. apreciable lector, pero por cada real mas, tiene treinta disgustos mas que V., y me quedo corto.

Un hombre con 40,000 rs. diarios, es el hombre mas desgraciado que hay en el mundo, créalo V.; y me alegraré de que pueda V. apreciar esta verdad por V. mismo.

¿Qué de abrumadoras necesidades tendría V., si tuviera 10,000 rs. diarios!...

Conténtese V., amigo, con lo que le produzca su trabajo, ó con lo que le dé a V. el presupuesto, si es V. activo ó pasivo.

Bien, que pasivos todos lo somos, hasta los que no tenemos que agradecer al gobierno, mas que el inapreciable bien de que nos gobierne.

Decir a VV. que ha llovido mucho en Madrid, es una noticia digna de los periódicos de noticias, lo mismo que la de que llueve sobre mojado.

Con la lluvia ha arreciado el frio, que, —fenómeno inexplicable, —tiene este año la propiedad de acalorar a las gentes; este calor se refleja como en un espejo en los periódicos, que, como VV. saben bien, son ecos de la opinión pública.

Y eso que la cola, —ya saben VV. cuál, —que era la que mas calor daba, vá a desaparecer, gracias a la poderosa iniciativa de un hombre que no se para en barras, y que a todo se atreve, y que muchísimas cosas buenas ha hecho.

Pero que hay calor todavía, aunque nos quiten la cola, es indudable; hay calor en las conversaciones, en los periódicos, en los círculos, —en estos sin duda, por su semejanza con los braseros, —lo ha habido en el teatro Real, y lo habrá en muchísimas partes mas.

Es decir, que según todas las señales, vá a ser este un invierno frio como un demonio, y caliente como un diablo.

Ustedes se extrañarán de esta comparación, comparación que diría un gallego, en la que parece haber una contradicción.

Pues nó, señores; el demonio es frio por la sangre fria con que se nos atreve, y caliente por su procedencia.

Y si esta explicación no satisface a VV., vayan a pedir otra a un académico.

La lluvia ha venido a suspender las magníficas obras que se están haciendo en el magnífico edificio que se destina a la Exposición de pinturas.

Vá a ser esta una obra que acabará de inmortalizar al siglo y al gobierno, protector de las artes.

Y entre paréntesis, el otro día decía un periódico de noticias: —«El gobierno no apoya al señor.... (un señor cuyo nombre no interesa a VV.) ni a nadie.»

Esta declaración hecha por un periódico importante, es un consuelo para las Bellas Artes, porque ahí está ese edificio, levantado para que las Bellas Artes se apoyen en él.

El edificio de que se trata, presenta un aspecto magestuoso, y voy a hacer su descripción, sin perjuicio de re-

EL CASCABEL.

producirlo grabado en EL CASCABEL, para que sirva de modelo a las generaciones futuras.

Presenta en el frente una pared larga, muy larga; en los costados otras dos paredes más cortas, y por detrás, una pared tan larga como la fachada principal.

Las paredes son de las que oyen, gruesas como el canto de una peseta gastada por cinco ó seis generaciones, y han sido construidas para dar al edificio cierto carácter de poesía y grandeza, con arreglo á los descubrimientos y adelantos hechos en arquitectura por el famoso Robinson, cuya historia hemos leído todos cuando niños.

El interior presenta un aspecto verdaderamente grandioso y sorprendente; la pared, vista desde el interior con sus rendijas, con sus caprichosas irregularidades, ofrece á los inteligentes, á los anticuarios y á los aficionados á obras de arte, magnífica ocasión de admirar lo que puede la voluntad del hombre unida á un estudio detenido de las ciencias exactas é inexactas, y de las artes literales y absolutistas.

Viendo el edificio de la Exposición, se comprende perfectamente la construcción de la antigua Babel, obra fácil y de poquísima importancia, si se compara con la Babel que estamos levantando entre todos ahora.

Algun anticuario que ha visto el edificio de la Exposición, pretende que es copia exacta del que hizo Noé para habitar con toda su familia y sus agregados cuando se mudó del Arca.

Otro asegura que por el estilo y la ornamentación, se asemeja al magnífico edificio donde tenía el emperador Diocleciano las cuadras y las cocheras.

Esto de las cocheras exigía una explicación, y habiéndola pedido otro sabio, contestó el prepinante, que si bien él no había conocido coches en aquel tiempo, no era menos cierto que había carros y carretas, digo, carrozas, y que en alguna parte habían de encerrarlas.

Esta explicación es muy satisfactoria, y ahora solo falta averiguar si los carros eran romanos ó de la limpieza.

Cuando el edificio de la Exposición esté concluido, será una obra que causará la admiración de propios y extraños.

Una sola cosa temo, y la voy á decir. Temo, que todo el que pase por la calle de Alcalá, se quede con la boca abierta; y sabidos son los inconvenientes que ofrece tener abierta la boca en este tiempo.

Pero todo se reducirá á unas cuantas pulmonías más ó menos.

Recomiendo al gobierno la sociedad La Aseguradora, para que le asegure el edificio de la Exposición, tan ocasionado á quebras, queiebras y grietas.

Y á los pintores encarezco la necesidad de que no lleven á la Exposición figuras desnudas, porque se les van á helar.

Hagan el favor de pintar todas las figuras con capa y tapa-bocas y fumando un puro.

Uno de los días de la pasada semana, lloviendo si Dios tenía qué, se verificaron las carreras de caballos.

Confieso mi ignorancia en eso de ejercicios ecuestres, y por eso no daré á los lectores detalles de la fiesta.

El caballo que corrió en la última apuesta y ganó el premio, se llama Trapisonda.

Trapisonda, lo mismo si es caballo que si es hombre, hace siempre carrera.

Los hombres más corridos son los que las mujeres prefieren por lo irregular, por no decir por lo regular.

Los corredores de Bolsa suelen hacer su negocio á la carrera.

La carrera de San Gerónimo tiene una gran significación en las costumbres morales de Madrid.

Los hombres de carrera son los más dignos de los destinos públicos.

En fin, en estos tiempos el que no corre yuela, ¿Cuándo empiezan á correr los billetes del Banco?

LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.

UN CÉNTIMO DE FILOSOFÍA.

Hoy es el día de los muertos.

Justo es que teniendo los vivos todos los días del año... (para morir), los muertos tengan cada año un día, en que el mundo se acuerde de ellos.

Hoy vamos los vivos á la mansión de los muertos, como si dijéramos, á nuestra casa, con objeto de visitar á los muertos, que nos han precedido en el indispensable viaje á la Justicia de Dios.

Los que van hoy á ver los muertos, van á hacer esa visita, como pudieran ir á cualquier otra parte, por seguir la costumbre que hoy les manda ir á los cementerios, y el día de San Isidro á la ermita del santo, y el de San Eugenio al Pardo, á comer la sabrosa bellota, y el Domingo gordo á los bailes de máscaras...

Los que conservan en el alma el inmenso dolor de la pérdida de un ser querido, no van hoy á los cementerios, porque hoy allí no hay mas que indiferentes ó curiosos, van á leer los nombres inscritos en las lápidas, de los

que recuerdan algunos por haberlos visto alguna vez en el mundo, y otros les son completamente desconocidos.

Hoy, el cementerio, el mas sagrado lugar, la casa tranquila donde todos duermen, donde nada temen los unos de los otros, pierde toda su severidad, toda su melancolía... La vanidad profana hoy la mansión de los muertos, y la vida va á hombrarse con la muerte.

El muerto que mas llama la atención, es aquel sobre cuya lápida han colocado mas coronas y coronas de siempre vivas, y en cuyo honor arden mas hachas.

Y si tiene, para cuidar su sepulcro ó para cuidar las lucas, un par de lacayos, graves como la situación, é indiferentes como el que mas, entonces si que los vivos se quedan con la boca abierta en contemplación de la nada.

Del muerto que no tiene luces, ni coronas, ni inscripciones, de ese nadie hace caso, porque, si sus mismos deudos no se han acordado de él en tan solemne día, ¿cómo han de acordarse los que no han tenido el honor de conocerle?...

Las niñas bonitas, llenas de vida, salud, alegría y esperanza, recorren las galerías de los cementerios, y cuando encuentran la lápida de una pobre niña que murió á los diez y seis ó diez y ocho años, exclaman: — ¡Pobrecilla! y siguen su camino.

¡Pobrecilla! dicen, y ¿quién sabe si las pobrecillas son ellas, ellas, que compadecen á la que está en el cielo?

Verdad es que á esa edad las mujeres creen que el mundo es un cielo.

Allí vá un empleado con no sé cuántos miles de reales de sueldo, con su mujer, muy compuesta, — que bien necesita componerse para parecer algo, — y sus hijas, hechas dos estrellas, con sus cuernos correspondientes; de repente el jefe de la familia se detiene, y mirando una modesta losa colocada en el pavimento, exclama:

— ¡Don Juan Lopez! ¡Pobre hombre! yo le reemplacé en su destino.

Y pasan sobre la losa él y la familia.

Y han de saber VV. que Don Juan Lopez era un hombre honrado, con muchos años de servicio, á quien dejaron cesante para dar entrada al caballero que pasa hoy sobre su sepulcro: el infeliz murió de pesadumbre, al verse injustamente despedido de su destino.

Su interesante sucesor no puede hacer mas que compadecerle, y sin embargo, al alma de aquel desdichado le inspirará mas compasión el vivo que tan ufano y orondo se sienta á la mesa del presupuesto.

Allí está el sepulcro de un ministro; los parásitos del presupuesto pasan, sin quitarse siquiera el sombrero; verdad es que ya le hicieron bastantes cortesías cuando vivía, cuando podía repartir el maná.

Mas allá se vé el brillante mármol que oculta el ataúd de una mujer hermosa, que fué en vida reina del buen tono y la elegancia, que tuvo suspendidos de sus ojos y de sus labios á no sé cuántos de hombres; disputábanse sus miradas los sabios y los poetas, sus palabras eran como las de un oráculo para las eminencias más políticas y diplomáticas; los tontos la contemplaban con la boca abierta, el guerrero más valiente temblaba su enojo, y el orador mas fogoso y talentado consideraba miserable su elocuencia, comparada con la de aquellos ojos, en que brillaba el fuego sacro de la pasión y de la hermosura. Mas, hubiera querido algún ministro un sí de aquella boca purpurina que un sí unánime en una votación del Congreso...

Hoy nadie se acuerda de ella; las que envidiaban su talento y su hermosura, se afanan por imitarla, y sus satélites se han buscado ya otro planeta.

Allí está la tumba de un niño, de un ángel que no hizo mas que tocar en el mundo con las alas y volar al cielo.

Nadie se detiene á contemplar este sepulcro.

Como que la inocencia suele ser sinónimo de tonterías en el mundo.

Allí está la tumba de una mujer asesinada materialmente por un hombre, y moralmente no se sabe por quién.

Aquella muerta ha dejado á un pecador una herencia horrible, el remordimiento.

Es seguro que este pecador no irá al cementerio hasta que le lleven; en aquella lápida donde los demás ven un nombre nada más, ¿qué de horrores vería él!... aquella lápida se le convertiría en un espejo donde se reflejaría el infierno de su conciencia.

¿Qué envidia debe tener el asesino á la víctima!

¿Qué hace aquel grupo enfrente de una lápida, adornada de cintas, ramos, coronas, guiraldas, cifras, etc., etc?

Es que como lo cómico se ha de ver siempre al lado de lo sublime, delante de la lápida de un muerto ha colocado alguno de sus deudos, quizá el heredero de su fortuna, unos versos disparatados, obra de algún poeta de postal, unos versos acrósticos y pentacrósticos dignos de El Piston, papelucho que acaso habrá tenido á la vista el autor.

Dejemos que la gente se ria del autor de los versos, y sigamos á aquel matrimonio elegante y embellecido con toda la apariencia de la felicidad, con el reflejo de la luna de miel.

Hablando van ella y él de su amor, de sus esperanzas; de pronto ambos se detienen enfrente de dos sepulcros: en uno de estos se lee el nombre de una mujer; en el otro el de un hombre; — este hombre fué el primer amor de la re-

cien casada; aquella mujer fué la primera esposa del recién casado. La casualidad ha unido las sepulturas de aquellos dos seres.

La esposa no dice al esposo que aquel nombre pertenece á su amante, y el esposo calla también que en aquella tumba se encierra la mujer que fué un tiempo su compañera.

Abandonamos á un filósofo que esté mas despaqueo que nosotros, las consideraciones que se desprenden de este par de casualidades.

En aquel extremo del cementerio, donde no hay embaldosado, donde la humedad es mal sana, donde no crecen árboles lozanos, ni odoríferas plantas, donde está la madre tierra en toda su desnudez y en toda su verdad, se vé una mujer arrodillada, á la que no llegan los curiosos del cementerio; á alguna distancia la contemplan inmóviles, fríos, los hijos del sepulturero, y el sobrinillo del sacristan, que ya la conocen, porque todos los días la hallan en aquel mismo sitio.

¿Quién es aquella mujer?

Es una madre, que sabe que cubierto por aquella tierra está su hijo.

Para las madres que han perdido sus hijos todos los días del año son de tristeza y llanto.

Y como vá cayendo la tarde, y el vintecillo es muy fresco, y es preciso cuidarse, la gente se aleja del cementerio, y el cementerio vuelve á su solemnia y á su elocuente silencio.

De los que hoy visitan los cementerios, algunos se habrán guarecido en ellos el año próximo.

Y ahora, ¿qué hacemos? ¿dónde vamos? A comer buñuelos.

EL ALMA DICHOSA.

(De Miguel Masson.)

I.

Estaba muriéndose un pobre hombre, — pero digámoslo pronto para que ningún lector le compadezca, — la muerte era para él una ventura, porque de todo lo que le había hecho amar la vida en el mundo, nada le quedaba ya mas que el recuerdo.

Todo lo había visto desaparecer; primero habían desaparecido sus amigos de la infancia, y con ellos esos encantadores recuerdos del corazón, que tanto consuelan y alegran; había visto morir luego á la compañera de su juventud, la elegida por su corazón entre todas las mujeres, y como si el peso de estos dolores no fuera bastante para abrumar á una pobre alma, también había visto morir á su hijo, un apuesto é inteligente jóven, y á su hija, una preciosa é inocente niña; dos seres destinados á tanto amor, y sobre los que el pobre viudo, condenado á no volver la vista atrás, fundaba la esperanza de la tranquilidad de su vejez.

En derredor suyo no había, pues, mas que vacío inmenso, abismo inabismable, tan profundo y tan péfido, que el hombre no puede asomarse al borde para ver lo que hay en el fondo, sin que el vértigo de la desesperación le lleve á las profundidades del abismo.

El abismo estaba abierto, y el vértigo amenazaba arrastrar á su víctima. Pero tranquilízase, que el buen hombre de quien os hablo no podía caer en el abismo, porque era sinceramente cristiano; y si las santas creencias no nos defienden contra los males inseparables de la condición humana, son por lo menos nuestra salvaguardia contra nosotros mismos, y nos preservan de la caída.

La tierra puede hundirse de repente al paso del hombre que cree, y este, en vez de caer, se elevará, porque la fé le sostiene.

Cuando el buen hombre, que no hubiera abreviado voluntariamente ni un segundo el término fijado á sus miserias, conoció que iba á sonar para él la hora postrera, entonces un inefable sentimiento de ventura brilló en su sonrisa, y la ardiente esperanza que conservaba en el fondo de su corazón, se reflejó brillante en sus miradas. Con voz dulcísima habló á sus vecinos, que en torno de su lecho, asistían á la solemnia de la muerte.

— ¡Por qué suspiráis y os miráis unos á otros con tristeza? ¿Es acaso digno de compasión el viajero que llega después de un penoso viaje al asilo hospitalario donde le espera el reposo? Debe compadecerse por ventura á quien no tiene mas que un paso que dar para hallarse en medio de sus amigos, y de su amada familia, que se preparan á festejar su llegada?... Cesad por Dios de compadecerme, y no haya lágrimas aquí, hoy que tanta alegría habrá en el cielo... Llorad por los que se quedan, y no por el que se aleja, y bendecid á Dios cuanto misericordioso llama á su reino al viejo que había quedado solo en el mundo. ¡Es tan bueno reunirse en la eternidad con los seres á quienes se ha amado en la tierra!... ¡Amor en la eternidad! repitió el moribundo, y algunos momentos después se estinguió con las últimas frases de la oración que su madre le había enseñado en la infancia.

Entonces, según la promesa del salmista, las alas de la paloma vinieron á su alma, para que esta pudiese volar á su primera patria y reposar allí.

Aunque en sus postreros años, el buen hombre había vivido completamente aislado, y sin formar relaciones intimas con ninguno de sus vecinos, en el momento de la muerte halló, sin embargo, bastantes corazones dispuestos á sentir lo que siempre es sensible, la pérdida de un hombre honrado. Todos acompañaron su cadáver desde la iglesia al cementerio, y allí todos dijeron viendo llenar de tierra la fosa: — ¡Pobre hombre! ¡qué lástima!

— ¡Qué lástima! decían, cuando su alma estaba en el cielo... Atrévamonos á seguirla.

II.

En cuanto quedó libre de todo lazo terrestre, el alma dichosa pudo fácilmente atravesar los espacios.

Llevada sobre la oración de los buenos de la tierra, y alas poderosas de la incesante y dulcísima inspiración de los ángeles que alman continuamente hacia Dios todo lo que fue justo y bueno en la tierra, llegó muy pronto a la Jerusalén inmortal.

Entonces todas las almas que la esperaban allá arriba fueron á reconocer y á festejar á su nueva hermana, y á darle el misterioso beso de las almas, unión celeste que solo puede compararse, aunque muy imperfectamente, á los besos que se penetran mutuamente, se confunden y no forman mas que una sola.

El alma dichosa del buen hombre, vió pasar á los justos de todas las edades, y no halló la alegría que esperaba en aquel maravilloso espectáculo, y el amor que le daba la innumerable familia que Dios le ofrecía no llenó el vacío que aquella alma sentía.

¿Qué era lo que motivaba su desaliento? Allí, donde no hay deseos que satisfacer, ¿qué era lo que podía desear? Allí donde todos los mártires reciben su corona, ¿qué herida podía haber llevado de la tierra que no hubiese sido curada á su entrada en la mansión de la eterna felicidad?...

Era que el justo no había visto á los que con tanta confianza había ido á buscar, á los que hubiera querido encontrar esperándole.

Y sin embargo, se decía, inquieto por la ausencia de los suyos, no es aquí donde se olvidan los santos y puros amores de la tierra, porque yo me acuerdo de los míos y amo mas que nunca. ¿Por qué no vienen á mí los que en la tierra se despidieron de mí hasta la eternidad?...

El alma dichosa, inquieta, triste, agitada, parecía mas una alma culpable que habiendo pasado de la mansión de la espaciación á la de los buenos, y avergonzada de su impureza en medio de aquellas almas justas, buscaba anhelosa el camino por donde debía volver al sitio en el que debía terminar su castigo y merecer su perdón.

—Pero, decía el alma buena después de recobrar la calma que dá la fé, quizá esperan que yo, los llame; quizá el Todopoderoso, señalando á cada uno su sitio, ha reunido en sus santas legiones las mismas virtudes bajo una misma enseña; en un sitio estarán las esposas castas, en otro los hijos buenos, en otro los amigos fieles. — ¿Quién me llevará cerca de mis amigos?

Al decir esto, el alma buena, un ángel se acercó, y ¿quién podrá traducir al lenguaje humano las palabras de los ángeles? — Así habló al alma del hombre bueno: — «Cesa, cesa de llamar á los que no han de responderte, porque los amigos por quienes preguntas, no los volverás á ver. — El apóstol ha dicho: — En la ciudad de Dios todos los llamados no serán elegidos, y en la hora del juicio muchos troncos quedarán vacíos. — Aquí no hay lugar para los que han sido traidores á la amistad.»

Al oír estas palabras, el alma, de nuevo entristecida, iba á pedir favor, á lo menos, en el amigo á quien mas había querido, y que mas amistad le había demostrado; y el enviado celeste, adivinando su intento, exclamó: — Ese, menos que ninguno, tiene derecho á la clemencia

divina. En mí estás viendo al ángel de su guarda, oye y juzga tú misma de la justicia del Señor: — «Dios, que deja el libre albedrío á los hombres para que sean los propios obreros de su gloria futura, cuida algunas veces de facilitar la virtud á algunos, con objeto de que al mundo no le falten nunca ejemplos útiles que estimulen á los corazones de buena voluntad. Considerando que la fraternidad es útil y santa entre los hombres, quiso que reinase sobre la tierra, aun fuera de los lazos de la familia, y para este objeto formó espresamente algunas almas, ó solamente abre el camino al noble sentimiento de la amistad.»

«Ya sabes ahora que te se revela todo, que lo que los ciegos humanos llaman efecto singular de la casualidad, es siempre un admirable cálculo de la Providencia. La prueba está en tí y en el amigo por quien lloras.»

«Los dos nacisteis el mismo día, á la misma hora, el uno en el campo, el otro en la ciudad. Dios permitió que á los dos os alimentase la misma leche, á fin de que vuestra amistad datase del primer momento de vuestra vida, y si no de las entrañas de una misma madre, á lo menos del seno de una misma nodriza.»

«El hijo de la ciudad era pobre, era él, el condenado; el hijo de los campos era rico; eres tú, el bienaventurado. Crecisteis juntos, y llegados á la edad de disponer libremente de la fortuna, tú hiciste ver que entre dos amigos, uno pobre y miserable, y otro poderoso, el poderoso no debe poseer mas que la mitad de lo que tiene.»

«Tú le diste la mitad de tus bienes, pero para él no era bastante, y quiso lo que te quedaba.»

«Quiso distinguirse y alcanzar honores mundanos, y tú hallaste para él protectores, de cada uno de los cuales te hizo un onemigo.»

«Una noble alianza honraba su ambición, tu crédito, tu bondad, tu impeculada reputación triunfaron de los obstáculos que una familia orgullosa, según él decía, y prudente, si ha de decirse la verdad, oponía á aquella unión. Algunos meses despues, culpable esposo, abandonaba á su compañera, y amigo indigno, aconsejaba á la tuya el olvido de sus deberes.»

«Vas á decirme, alma bondadosa siempre dispuesta á la indulgencia y confiada en el arrepentimiento, que ese amigo te salvó valerosamente de entre las llamas, el día en que tu casa estaba envuelta en el incendio. Nada le debes por aquel favor; los manos que te salvaban, habían hecho nacer el fuego en tu casa.»

«El ángel cayó, y llorando por una alma para siempre perdida, dejó caer de sus ojos dos lágrimas brillantes, que atravesaron el espacio y no se detuvieron hasta tocar la bóveda del cielo que ven los mortales desde la tierra, donde debían quedar suspendidas para brillar hasta la consumación de los siglos, entre las estrellas sus hermanas.»

«El alma del amigo verdadero, inclinándose con resignación ante la justicia eterna, consagró el último recuerdo al amigo infiel; y despues, no pensando mas que en la compañera querida, que había sido su consuelo en la tierra, preguntó al ángel: — ¿Dónde están aquí las que en el mundo han cumplido con amor sus deberes de esposa y madre? — Allí, contestó el ángel, señalándole en las profundidades del ether una nueva vía láctea, mucho mas luminosa y pura que la nuestra.»

Tu alma mía, exclamó la del buen hombre, tú me esperaras con todo tu amor.

Tendió sus alas, y pronto se halló entre los matrimonios virtuosos, esperando hallar allí á su compañera triste y sola, y unirse con ella para siempre.

El error del alma dichosa no debía durar mucho: Apenas había penetrado en aquella región poblada de justos y tapizada de soles, otro ángel, enviado por el Señor, llegó á detenerla con estas palabras: — «¿Se á quien buscas, pero en vano; no hay lugar en el cielo para la que no ha amado á los suyos; el egoísmo, la avaricia, y el sacrilegio no pueden penetrar aquí.»

Como la llama de una lámpara tiembla, palidece y se estingue cuando el aire le falta, el alma del justo, privada de repente de la confianza que le había reanimado, tembló, palideció y murmuró: — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Aquel amor era mentira? — Si, mentira, repitió el ángel; y debes creerme, porque nosotros somos intérpretes de la verdad, y cuando nosotros hablamos, no es posible dudar.

(La conclusion, en el número próximo.)

ORACION AL ANGEL DE LA GUARDA.

¡Divino Sér bondadoso, Ángel bello del Señor, Que estás sin cesar piadoso Volando por mi reposo Con puro inefable amor!

No me apartes con desvío Tu rostro hermoso y risueño: No permitas, ángel mío, Que algún pensamiento impío Turbe la paz de mi sueño.

Yo soy débil, tú eres fuerte: Haz que yá yá yá yá yá Unidos hasta mi muerte. Para que la senda acierte Que vá á la mansión de Dios.

Mi alma de su centro vino Y hoy la busca suspirando; Pero, ¡ay! triste peregrino, Voy por la tierra vagando Sin encontrar mi camino.

¡Ay, si me niegas tu amparo! ¡Ay, triste, si con enojos Se nubla tu rostro claro! ¿Quién enseñará á mis ojos La luz del celeste faro?

Como en la senda torcida Del mundo insano, podré, Si tu clemencia me olvida, Llevar al fin de mi vida Los tesoros de mi fé?

¿Cómo al seductor aliño Del mal, si su pecho asalla, Podrá resistir el niño?

con la sonrisa en los labios pintada con perfección, y en la mano el abanico y diciendo: — ¡qué calor!

á la sombra y en Noviembre, como en Agosto y al sol, con un pico que no es el de Tenerife mayor, vienen haciendo la rueda con mucho mimo á un montón de solterones feroces, de esos que confunda Dios, que se casan, si hay dinero, y si no hay dinero, no.

Mirando á los solterones con envidia y con dolor viene un grupo de casados que verlos dá compasión: Danse golpes en el pecho, y dicen: — «¡Pequé, Señor!»

«Me está muy bien empleado!» «¡Toma! ¡por bobalicon!» y sus amables esposas los siguen, cual manda Dios, enseñándoles vestidos de terciopelo y de gró, y abrigos de mucho gusto para elegir uno ó dos, y capotas, y rotondas, berlinas y... ¿qué sé yo?

Chupando á todas las Animas la sangre, se arrastra en pos una turba de usureros de rostro adusto y feroz, y detrás las Sociedades de crédito van al son de un bombo y unos chinoscos, cada una con su farol, y sus miles de miltones pintados en un pendón. Cierran la marcha los muchos inocentones que hay hoy, y aquí se acaba el romance... y siga la procesión

ROMANCES POPULARES.

D. CARLOS FRONTAURA

XVII.

La procesión de las Animas.

Lectora, vente conmigo, vente conmigo, lector, vamos á ver de las Animas la famosa procesión.

No son las de los difuntos que, desagraviando á Dios, están en el purgatorio mereciendo su perdón; son Animas de este mundo que andan y toman... el sol, y con las manos el cielo donde no llega su voz... Por allí vienen... Delante, á guisa de batidor, viene un ministro, seguido de empleados en montón, que le cantan una salve, en verso de arte mayor, y le dan golpes de bombo y le dan mucho jabón...

Animas del presupuesto son estas que con ardor demandan que no haya crisis, que no haya arreglos por Dios, y que se corra la escala y no se acabe el turrón. Viene detrás turba multa, — con un estrépito atroz,

de hombres flacos y huesudos, precedidos de un pendón que dice: — «¡La cesantía!»

¡No hay mus! ¡Hasta aquí llegó!» cada cual acompañado de una mujer, ó de dos, — una esposa y una suegra, y para mayor dolor, de tres ó cuatro chiquillos que con notable afición se van comiendo los codos, llorando á mas y mejor...

Vienen detrás otras Animas, gritando sin compasión disfrazadas de hombres públicos, cada cual de su color, cada cual con su bandera, y en ella pintado un «Yo»

Estas Animas feroces arman algazara atroz, y se pisan, y se pegan, si pueden, un coscorrón, se miran con malos ojos, y sueltan alguna coz, y unas de otras los trapitos sacan á lucir al sol. Otras Animas que vienen de estas Animas en pos, vienen humildes pidiendo — con cara de contrición, — los sufragios y los votos como singular favor. Deben ser muy pecadoras cuando así piden por Dios, esos sufragios en vida, con tan pequita aprensión. Con mucha broma y chacota y silbando con furor, viene el ilustrado público de estas Animas en pos. Detrás viene la segunda tanda de la procesión... Solterones de ojos tiernos que están rebosando amor,

¿Qué podrá hacer si le falta  
Su escudo que es tu cariño?  
¡Nól que tu amoroso celo  
No olvida al hombre jamás.  
Tú eres su luz, su consuelo;  
Tú por la senda del cielo  
Encaminándole vas.  
Tú en apartarle porfias  
Del peligro, y con tus alas  
Patrocinando sus días,  
Con una mano le guías  
Y á Dios con la otra señalas.

Ven, ángel de mi guarda: con ojos siempre atentos  
Vela del pobre niño por la eternal salud,  
Y aleja de su mente los malos pensamientos  
Que con tenaz empeño combaten su virtud.  
Así buscando el trono del Santo, Unico y Trino.  
Irás mi paso trémulo del tuyo firme en pos;  
Mas quita los abrojos que cierran el camino  
Para que yo no aparte los ojos de mi Dios.  
¡Oh! y si tu santo celo, para ventura mia,  
De tanto escollo logra mis pasos desviar,  
Cuando á tu gloria vuelvas serás también mi guía,  
Y al que es de todos Padre veré contigo al par.  
Ven, ángel de mi guarda: con ojos siempre atentos  
Vela del pobre niño por la eternal salud,  
Y aleja de su mente los malos pensamientos  
Que con tenaz empeño combaten su virtud.

A. GARCIA GUTIERREZ.

CASCABELES.

He aquí una frase sublime:  
Pedia el cura de un pueblo limosna para los pobres, y llegó á casa de un hombre muy rico, pero de carácter duro y empedernido corazón, y que precisamente en aquel momento se hallaba furioso, no sabemos por qué motivo.  
Pidió el pobre cura con la mayor humildad, y aquel hombre le contestó de mala manera; volvió á pedir el cura sin obtener mejor respuesta, insistió, y recibió con una horrible blasfemia una sacriloga bofetada.  
—Bien, señor, repuso humildemente, esto es para mí; ahora falta lo de los pobres.  
Esta contestación convirtió al impío, que socorrió con largueza á los pobres, y pidió al cura perdón, verdaderamente arrepentido.  
Publicamos hoy una notable poesía del distinguido autor de *El Trovador, Venganza catalana* y otras obras de gran mérito, nuestro querido amigo señor García Gutierrez.

Todos tenemos un anteojo para ver las cosas del mundo, pero las pequeñas las miramos con el cristal que las aumenta y las grandes con el que las disminuye. De esta manera nada se ve tal cual es. Las grandes verdades nos parecen pequeñas y las despreciamos, mientras que damos grandísima importancia á muchas cosas insignificantes.

Uno que se iba á casar decía:  
Quiero casarme por la tarde; quiero que nadie mas que la familia asista á mi boda; quiero que mi mujer no baile con nadie el día de la boda, que ya tendrá tiempo suficiente de bailar; quiero que vivamos los dos solitos; quiero que en mi casa no entren hombres, y quiero que tampoco entren mujeres...  
—Oye, hija, decía á la novia su madre, muchas cosas quiere tu futuro.  
—Déjale V., mamá, contestaba la que iba á casarse; el pobre está dictando su postrera voluntad.

Un ladrón fué cogido infraganti descerrajando una puerta y con dos pistolas en los bolsillos.  
—¿Para qué llevaba V. las pistolas?—le preguntaba el juez, —sin duda para añadir el asesinato al robo?  
—No, señor, contestaba el reo; las llevaba porque como por la noche anda tanto ratero....

Un dentista de esos que recorren los pueblos en busca de las muelas echadas á perder, ha puesto el siguiente anuncio:  
«Fulano de Tal, dentista premiado en diversas exposiciones de la industria, ganados y bellas artes, estraee muelas y raigones con toda perfección.—Precio: por estraer una muela 8 reales.—Por una docena 40 reales.»  
En vista del anuncio, según nos escriben, se reunieron las doce personas á quienes mas dolían las muelas, y se dirigieron al dentista en solicitud de que se las sacara por los 40 reales que entre todas habían reunido; pero aquel se negó esponiendo que la rebaja se entendía tratándose de una persona sola.

—Diga V., portero, ¿cuánto es el cuarto segundo?  
—6,000 reales, pero el amo de la casa no quiere vecinos que tengan huéspedes, ni animales, ni chicos.  
—Diga V. pues, y esos tres que acaban de salir con una criada y otro que lo lleva en brazos la pasiega, ¿no son niños por ventura?  
No, señor, son los hijos del dueño de la casa.

Las mujeres tienen la misma edad desde los veinte á los treinta años.  
En los treinta se detienen hasta que no tienen mas remedio que confesar cuarenta. Existe entre ellas una especie de convenio tácito, que hace que las mas jóvenes tiendan á aumentar su edad, envolviéndose en terciopelos, encajes y cachemiras, mientras que las mayores en edad, ya que no en saber y gobierno, aligeran su *toilette*, y de buena gana se vestirían de colegialas, con su vestidito corto,

y sus pantaloncitos, y su delantalito, y sus trenzas con sus lacitos correspondientes.  
En el mundo, regularmente la mujer mas festejada no es la jovencita inocente, sino la que ya no es por lo menos lo primero.  
Después de declarados los treinta años, las mujeres adoptan individualmente una edad particular y se dividen en bien y mal conservadas.  
Las que han sido bellas conservan siempre indicios de sus encantos y regularidad en sus facciones.  
Una prueba de vejez es la manía que tienen ciertas mujeres de decir á cada momento la edad que tienen, ó mas bien la que no tienen. Debe, pues, suponerse que la que, sin necesidad ninguna, se cree obligada á confesar veintiocho ó veintinueve años, está muy cerca de los cuarenta, quizá porque ha pasado ya de ellos.

Logogrifo.

Hallas en mis siete letras  
lo que solo nunca es nada,  
lo que se saca del buey  
lo mismo que de la vaca,  
una letra, un moribundo  
que á todos inspira lástima,  
lo que se hace de la leche,  
lo que al que baila acompaña,  
lo que ponen á un jumento,  
donde se echa el que es un mándria,  
lo que gana un estudiante,  
lo que hago si tengo ganas,  
un hábito y no de fraile,  
un hombre que es una espátula,  
y el todo, ¿quién lo diría?...  
lo llevan hoy las muchachas

El Clamor público ha dicho:—«Apaga y vámonos,» y ha suspendido su publicación.  
Creemos que ha hecho perfectísimamente bien, por aquello de «predicar en desierto, sermón perdido.»

Enigma.

Tengo, lector, siete letras,  
soy una cosa que das  
de fijo todos los días,  
sin poderlo remediar.  
Voy contigo, y tú me buscas  
con mucha necesidad,  
y en mí vives, y mi dueño  
bien por mí se hace pagar.

Dicen los periódicos, que se trata de publicar un periódico clandestino que se llamará *La Bruja*.  
También se anuncia otro que se llamará *El Tramposo*. Suponemos que la autoridad sentará la mano á la *Bruja*, y á cuantos periódicos clandestinos salgan por ahí.  
A los otros periódicos que vienen á aumentar el crecido número de los que se han publicado desde que vió la luz *EL CASCABEL*, ya los hace justicia el público. Y que ha condenado ya á muerte afrentosa á mas de veinte.

Charadita.

La primera con la cuarta  
puede arrastrarle á cualquiera;  
la cuarta, tercia y segunda  
tiene mas lana que pesa;  
primera y segunda es cosa  
muy usada en las zarzuelas;  
en muchos puestos se vende  
repetida la primera,  
y la cuarta repetida  
te la dá cualquier orquesta.

La sociedad de cuartetos vá á volver á funcionar. Mas valía que fuera de cuartetos, que son los que parece que hacen falta.

LA MUJER DEL SIGLO XIX.

Es pálida como el oro,  
canta danzas, baila polkas,  
y habla lenguas extranjeras  
menospreciando la propia.  
No sabe coser y dice  
que en la actualidad no importa,  
pues habiendo costureras  
ellas cosen y ella corta.  
La juventud le fastidia,  
los requiebros le incomodan,  
en los paseos se duerme  
y el teatro le encocora.  
Sabe jugar al florete  
y tirar á la pistola;  
sabe montar á caballo  
y es un figurin de modas.  
En vez de hablar de tertulias  
á todos habla de historias,  
pero en plural, pues no sabe  
ni por rutina la otra.  
En puntos de astronomía  
es una pedante docta;  
tocante á puntos de media  
fama es que todo lo ignora.  
Para casarse, decía  
que era un hombre poca casa,  
y fué en busca de un partido

sin mirar á la persona....

Tal es la jóven, lectores,  
que brilla en la culta Europa;  
tal es la mujer que el *Siglo*  
ha elegido para esposa.

Hoy muchas por ver si casan  
imitan á esta señora.  
Pobrecillas, no lo entienden;  
pues el *Siglo* que ya toca  
los muchos inconvenientes  
que su mujer le reporta,  
nos dá muy buenos consejos  
tocante á las niñas locas.  
Y las que mucho exageran  
y con mas lujo se adornan,  
mas se van aproximando  
á quedarse solteronas.

José C. Bruna.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

EL MUSEO LITERARIO.

Segundo año.

Periódico ilustrado, literario, científico é Industrial.  
Tiene la honra de contar como primeros suscritores á  
S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña María Cristina,  
y los  
Serms. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.  
Se publica en VALENCIA todos los domingos, en doble pliego marquilla con láminas ejecutadas por los primeros artistas españoles.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Valencia un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. En Madrid y Provincias trimestre 24 rs.  
Se admiten suscripciones en Valencia, Administración del Museo, Plaza de San Jorge, 3, y en Madrid EN LA ADMINISTRACION DE ESTE PERIÓDICO.

Historias tristes por D. C. Frontaura. Un tomito de 160 páginas, 4 rs. en la Administración de EL CASCABEL.

Tomo 1.º de «El Cascabel.» 60 números.—Se vende á 26 rs. en Madrid y á 28 en provincias. A los suscritores á 24.—Dirigirse á la Administración.

Almanaque cómico-profético de EL CASCABEL para 1864.—Los pocos ejemplares que quedan de este Almanaque, redactado por los mas distinguidos escritores, se venden á real en la misma Administración.

Vida de Santa Teresa de Jesus, fundadora de las Descalzas y Descalzos carmelitas, escrita por el P. Francisco de Rivera, de la Compañía de Jesus.—Un tomo de 550 páginas, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias. Los pedidos á la calle de Jardines, 11, librería.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa,  
calle de Juanelo, núm. 19.